

## XXIII

Tahona estuosa de aquellos mis bizcochos  
pura yema infantil innumerable, madre.

Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente  
mal plañidas, madre: tus mendigos.  
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto  
y yo arrastrando todavía  
una trenza por cada letra del abecedario.

En la sala de arriba nos repartías  
de mañana, de tarde, de dual estiba,  
aquellas ricas hostias de tiempo, para  
que ahora nos sobrasen  
cáscaras de relojes en flexión de las 24  
en punto parados.

Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo  
quedaría, en qué retoño capilar,  
cierta migaja que hoy se me ata al cuello  
y no quiere pasar. Hoy que hasta  
tus puros huesos estarán harina  
que no habrá en qué amasar  
¡tierna dulcera de amor,

hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar  
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo  
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!  
en las cerradas manos recién nacidas.

Tal la tierra oirá en tu silenciar,  
cómo nos van cobrando todos  
el alquiler del mundo donde nos dejás  
y el valor de aquel pan inacabable.  
Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros  
pequeños entonces, como tú verías,  
no se lo podíamos haber arrebatado  
a nadie; cuando tú nos lo diste,  
¿dí, mamá?